

Quevedo contra Richelieu: *Visita y anotomía, sátira menipea* y aguja de navegar cabezas cardenalicias¹

David Felipe Arranz Lago
Universidad Carlos III de Madrid

[*La Perinola* (ISSN: 1138-6363), 13, 2009, pp. 167-182]

Quevedo se enfrentó a Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares, y a Armand du Plessis, Cardenal-Duque de Richelieu, plenipotenenciarios ministros de dos imperios y los hombres más poderosos de su tiempo en Occidente. Don Francisco, un poeta que coqueteó con los resortes de las monarquías, midió sus fuerzas con ellos. ¿Cuál era la habilidad política del valido de Felipe IV, un noble de provincias que alcanzó las más altas cimas del Imperio? ¿Fue mayor o menor que la de su rival, el cardenal Richelieu? ¿Calibró Quevedo en su justa medida quién de los dos podría hacerle más daño? Parece que no; o si acaso lo hizo, no sopesó las fatales consecuencias. La pasión y muerte de Francisco de Quevedo se debieron a un desajuste al medir sus fuerzas con Olivares: la espada venció a la pluma.

En mayo de 1643 aparece en Madrid el *Nicandro o antídoto contra las calumnias que la ignorancia, y envidia ha esparcido, por deslucir, y manchar las heroicas e inmortales acciones del Conde Duque de Olivares después de su retiro*. A diferencia del prolífico Richelieu, quien se encargó en vida de ir publicando una obra política estimable, Olivares espera hasta el final para contestar a las críticas de la oposición. El cardenal escribió algunas comedias, *Les Thuilleries*, *Mirame* y *La Grande pastorale*, que se representaron en su palacio, actividad a la que era también un gran aficionado no el valido español, sino su monarca, Felipe IV. Por otro lado, al Conde-Duque fue precisamente Quevedo quien le dedicó al Conde-Duque una comedia de carácter político, *Cómo ha de ser el privado*, estudiada re-

¹ Este trabajo fue presentado en el *II Congreso Internacional «Francisco de Quevedo desde Torre de Juan Abad. Los paisajes de Quevedo»*, celebrado en Torre de Juan Abad los días 5 y 6 de septiembre de 2008.

cientemente por Susana Hernández Araico² y Rafael Iglesias³ como un ejemplo de estatismo teatral y una obra a caballo entre la alabanza cortesana y el reproche político.

Probablemente, la ambición desmedida de ambos ministros tenga un origen familiar, un descontento proveniente del salto entre la cualificación nobiliaria real que entonces disfrutaban y aquella a la que ellos creían que debían aspirar. Resulta obvio que Quevedo, hijo de un secretario particular del rey y de una dama de honor de la reina, doña Ana de Austria, y que vivió como testigo de excepción la vida en la Corte, se dio perfecta cuenta de esta desazón. En este sentido, el biógrafo de Olivares, Gregorio Marañón, no duda en calificar a los Guzmanes de «soberbios y ávidos de poder»⁴. Sin ir más lejos, el médico e investigador se refiere a doña Luisa de Guzmán como la verdadera autora de la sublevación portuguesa y su independencia, y al duque de Medina-Sidonia y al marqués de Ayamonte –ambos Guzmanes– como instigadores de la frustrada tentativa de crear un reino independiente en Andalucía. Quevedo, a diferencia de los dos privados, quienes reivindicaban un estatus mejor para sus respectivas familias, era consciente de que la rama antañona de los Gómez de Quevedo y los Gómez de Santibáñez Ceballos, apellidos de sus abuelos paterno y materno respectivamente, había ya periclitado: sus casas familiares y sus escudos de armas ya no brillaban. Así lo indica en el romance «A buen puerto habéis llegado», cuando «Responde a la socaliña de unas pelonas»⁵:

que es mi casa solariega
diez puntos más que las otras,
pues que, por falta de techo,
le da el Sol a todas horas;
sabéis que esta villa es mía
por la noble ejecutoria
que hace al desvergonzado
señor de la villa toda.

El padre del Conde-Duque fue virrey de Sicilia y Nápoles, cargo que ostentó más tarde el Duque de Osuna, el gran protector de Quevedo. Sin embargo, don Enrique de Guzmán, que fue conocido como el Gran Papelista por el gran esfuerzo documental que empleó en su cargo de embajador en Roma y virrey, murió en 1607 en medio de una gran frustración por no haber alcanzado cotas de poder más altas. Lerma había mantenido sojuzgadas, hasta donde le fue posible, las ambiciones nobiliarias del padre del Conde-Duque, y Olivares sabía que el único camino para medrar en la Corte era granjearse la amistad del sucesor de quien había tenido a raya a su progenitor: el duque de Uceda. De él, tras haber sido rector de su propia universidad, la de Salamanca, Olivares consi-

² Hernández Araico, 1999 y 2000.

³ Iglesias, 2005a y 2005b.

⁴ Marañón, 1969, p. 15.

⁵ Quevedo, *Poesía original completa*, p. 844.

guió el nombramiento de gentilhombre de Cámara del Príncipe Felipe IV, en 1615. Quevedo tenía por aquel entonces 35 años y se encontraba al servicio del duque de Osuna, sobornando a la Corte y al Duque de Uceda tras un duro viaje que incluyó prisión en Montpellier, Tolosa y Rosellón, para obtener el virreinato de Nápoles para su protector. ¿Quién sino Quevedo estaba siendo testigo de excepción de las ansias de Olivares, de sus continuos regalos al príncipe, mientras él también trataba de sobornar a la Corte para el Duque de Osuna? Cuando cayó Uceda, Olivares eligió el paraguas protector de su tío, Baltasar de Zúñiga, en el Consejo de Estado, y a su muerte de forma casi automática se convirtió en el hombre más poderoso de España. Corría el año 1622 y, por un real decreto firmado por Felipe IV, el poeta es desterrado a la Torre de Juan Abad; Osuna es encarcelado y cuando Quevedo regresa a Madrid escribe a Olivares la *Epístola satírica y censoria contra las costumbres de los castellanos*, que entre otras estrofas, contiene ésta:

No de la pluma dependió la lanza,
ni el cántabro con cajas y tinteros
hizo el campo heredado, sino matanza.

[...]

Las descendencias gastan muchos godos,
todos blasonan, nadie los imite,
y no son sucesores, sino apodos.

[...]

¡Qué cosa es ver a un infanzón de España
abreviado en la silla a la jineta,
y gastar un caballo en una caña!

[...]

Con asco, entre las otras gentes, nombro
al que de su persona, sin decoro,
más quiere nota dar, que dar asombro.

Ambiguos tercetos los de esta velada o desvelada acusación a un estrato nobiliario, despreocupado por sus tierras; esta admonición a Olivares, revestida de memorial, sobre lo que se debería hacer pronto para enderezar el reino, sigue sujeta aún a discusión sobre su intencionalidad, aunque nos inclinamos a creer que, por supuesto no en todo el texto, pero sí en fragmentos como éste, se puede atisbar un cierto tono de indisimulado reproche hacia el Conde-Duque.

La rama menor de la familia Du Plessis a la que pertenecía Richelieu adolecía de la misma enfermedad de la frustración que los Guzmanes: el padre del cardenal, François du Plessis, llegó a ser gran preboste de Francia con Enrique III y consejero real, sólo que la muerte truncó en 1590 una prometedor y beneficiosa carrera para toda la familia, a los 31 años. Richelieu se crió a partir de entonces en la pobreza: su progenitor había dejado como herencia un montón de deudas y un mal recuerdo de un fracaso que Armand trató de borrar. En su *Testamento político* (*Testament politique*), Richelieu se refiere a la necesidad de atajar

la situación de extrema pobreza que padecía la nobleza provinciana en Francia, algo que no importaba al Conde-Duque, tal y como Quevedo refleja en su epístola satírica al denunciar la obsesión nobiliaria por las cédulas y títulos en detrimento de la labor de las posesiones de provincias de la clase aristocrática:

Del mayor infanzón de aquella pura
república de grandes hombres, era
una vaca sustento y armadura.
[...]

Hoy se desprecia el honor al que trabaja,
y entonces fue el trabajo ejecutoria,
y el vicio graduó la gente baja.

Josette Riandière La Roche⁶ afirma que «Quevedo no dejará nunca de criticar al ministro, pero su fidelidad a la política del Conde-Duque permanecerá inquebrantable en un punto: en la lucha contra los franceses». Como sabemos, Quevedo mantuvo una tensa y proteica relación con el valido del monarca español, aunque conoció un tiempo de bonanza entre 1629 y 1633, cuando se compenetraron profesionalmente unidos por su orientación y afición neoestoica. Efectivamente, y a pesar de las sucesivas etapas de adhesión, crítica feroz, breve adhesión de nuevo y oposición radical que Quevedo vivió respecto de Olivares, don Francisco escribe el libelo *Visita y anotomía de la cabeza del cardenal Armando de Richelieu, hecha por la escuela médica de Mompeller* en 1635, año en que Luis XIII declara la guerra al cardenal infante, gobernador de los Países Bajos españoles, dando así pie a la guerra con España; este libelo es complementario a la *Carta a Luis XIII*. Estos son, pues, algunos de sus últimos trabajos «oficiales» para la propaganda del Gobierno y que suponen el inicio del divorcio definitivo, político y personal, entre Quevedo y el todopoderoso Conde-Duque de Olivares. No sentía Quevedo especial simpatía por el poder omnímodo ni por los grandes validos, ya fueran coterráneos o foráneos. Ya en *La Hora de todos*, se refiere a la actitud de Richelieu con Luis XIII, al que el prelado

le quita cuanto a sí se añade, le desminuye al paso que crece. Mientras el vasallo fuere señor de su rey y el rey vasallo de su criado, aquél será aborrecido por traidor y éste despreciado por vil. Para decir «Muera el rey» en público, no sólo sin castigo sino con premio se consigue con decir «Viva el privado». No sé si le fue más aciago a su padre Francisco Revellac que a él Richelieu. Lo que sé es que los dos le han dejado huérfano, aquél, sin padre, éste, sin madre. Dure Armando, que es como la enfermedad que, durando, acaba o se acaba. [...] Francia está sospechosa con la invención de la descendencia real, que el privado se achaca con genealogías compradas. Esles recuerdo Memoransi degollado y tantos señores y ministros o en destierro o en desprecio⁷.

⁶ Riandière La Roche, 1997, p. 31. Para un análisis en profundidad de la *Visita y anotomía*, ver también Riandière La Roche, 1981, 1985, 1990 y 2000.

⁷ Quevedo, *La Fortuna con seso y la Hora de todos*, pp. 720-721.

Tan perjudicial y dañino o más le parece a Quevedo el Cardenal Richelieu para Luis XIII como lo fue François Ravailac para el padre del rey francés, Enrique IV de Navarra; fue Ravailac un católico partidario de la Liga contra los protestantes que terminó por asesinar al monarca en 1610. Por otra parte, reivindica su memoria y muestra su abierta simpatía —«Esles recuerdo»— por el pacificador Henri II de Montmorency —«Este recuerdo Memoransi»—, primero almirante y después mariscal de Francia, gobernador de Languedoc, virrey de la Nueva Francia en América del Norte, opositor declarado de Richelieu y quien más se afanó en la reconciliación de Luis XIII con su madre y hermanos. Montmorency se negó a que los Estados de Languedoc sufrieran una subida de impuestos como pretendía el Cardenal y encabezó una revuelta contra él. Richelieu, consciente de que era un duro rival, intrigó contra él, lo acusó del delito de lesa majestad y lo mandó degollar como castigo ejemplar en la plaza del Capitolio de Toulouse en 1632. Quizá Quevedo se refiriera a Montmorency con la figurada «oliva» pacificadora del soneto «Sabe, ioh rey tres cristiano!, la festiva».

En su primera parte, el libelo consiste en un diálogo de muertos, inspirado en *La Satyre Ménippée de la vertu du Catholicon d’Espagne et de la tenue des Estats de Paris*, obra colectiva redactada entre 1593 y 1594 por un grupo de burgueses parisinos a los que el impresor reunió bajo el nombre de Agnoste, pseudónimo con el que a su vez, y a manera de guiño, firma Francisco de Quevedo su sátira sobre Richelieu. Matthew Hodgart, en *La sátira*, indica que

el satírico político, a no ser que no esté plenamente comprometido con una posición extrema, nunca escribirá sátiras, pero, a no ser que su visión de las cosas reciba cierta perspectiva y amplitud por algo exterior a su causa —humanismo, sentido de la historia, liberalismo—, es poco probable que produzca auténtica literatura⁸.

Esta amplia perspectiva exterior de las por aquel entonces difíciles relaciones entre España y Francia fue la que lo impulsó a escribir estos escritos tan pegados a la actualidad. A diferencia de otros poetas, Quevedo fue, ante todo, un hombre muy preocupado por la política de su tiempo, por la concepción del Estado y por la vigilancia que un cierto contrapoder literario debía ejercer sobre el poder real. Para llevar a cabo esa supervisión eligió en esta ocasión el género de la sátira y se ciñó en concreto a algunas manifestaciones francesas que lo inspiraron para poner en marcha un divertido, atrevido y audaz ejercicio no exento de peligro. Si Richelieu hubiera localizado a Quevedo escondido tras el nombre de Agnoste, quién sabe qué suerte le hubiera deparado a don Francisco. Agentes y espías dobles atravesaban la frontera de los Pirineos con asiduidad; no olvidemos que el propio Quevedo fue acusado por el Conde-Duque de ser «enemigo del gobierno y murmurador de él, y últimamente por confidente de Francia y correspondiente de fran-

⁸ Hodgart, 1969, p. 54.

ceses», según la documentación recogida por el historiador John H. Elliott acerca de la prisión del escritor⁹.

El libelo en el que Quevedo se inspira, *La Satyre Ménippée*, fue escrito por un grupo de autores —Leroy, Gillot, Pithou, Nicholas Rapin, etc.— seguidores del estilo de Aristófanes y cuyo lenguaje, lleno de hipérbolos, ingenio y juegos de palabras con un mensaje cáustico, recuerda al *Gargantúa y Pantagruel* de Rabelais. Para Hodgart, su lenguaje

salta bruscamente desde la grosera absurdidad a la elevada retórica clásica. [...] Como en las mejores sátiras, la *Ménippée* es a la vez muy divertida y muy seria; convierte el desafío y la tropelía política en tumultuoso festival saturnal, sin olvidar su amarga realidad¹⁰.

Esta obrita se gestó en las guerras de religión que enfrentaron en Francia a católicos y protestantes entre 1562 y 1598; los católicos se dividieron a su vez en dos grupos, los partidarios del Cardenal de Borbón como heredero al trono y los impulsores de la Liga, que se alió con España y la Santa Sede. A esta Liga católica, contra la que se dirigen los autores de la sátira menipea francesa y partidarios de Enrique IV de Navarra, se adhiere Quevedo; aunque, paradójicamente, para ello escoja precisamente el formato literario del bando contrario, el de los protestantes, que había desarrollado una sátira antiespañolista antes del siglo XVI. Quevedo escoge, pues, el formato de la sátira por encima de sus afinidades políticas, sin importarle el origen ideológico —protestante— en que ha sido gestado el libelo original francés.

Pero don Francisco también manejó fuentes contemporáneas. La mayoría de los libelos posteriores escritos en Francia contra Richelieu por los *dévots* católicos coinciden con Quevedo —es evidente que tenía acceso a ellos— en tachar al cardenal de ambicioso, mentiroso e ingrato con la Reina Madre María de Médicis y destacan su participación activa en el repudio por parte de Luis XIII de la reina española Ana de Austria, hija de Felipe II, con quien contrajo matrimonio en Burgos el 18 de octubre de 1615, evento al que asistió Quevedo y donde sin duda conoció al Cardenal Richelieu cuando aún era postulante a valido: de hecho, tras el enlace, María de Médicis nombró a Richelieu limosnero de Ana de Austria. Concino Concini, mariscal de Francia, tenía entonces los días contados y Richelieu, abrazado al mástil de la Corte, esperaba su momento.

La argumentación contra el Cardenal de desagradecido con María de Médicis era moneda de cambio frecuente en París, tal y como la encontramos en los pasquines de Mathieu de Morgues *Satyre d'Estat y Très humble*; este mismo argumento fue utilizado por Quevedo a este lado de la frontera y seguramente ya pudo conocer algo durante el contacto con la Corte francesa desplazada a Burgos; el satírico madrileño contemplaba el escenario político hispanofrancés con una mezcla de risa, indignación y deseo de influir en la situación internacional. De hecho, la sátira

⁹ Elliott, 1972, p. 182.

¹⁰ Hodgart, 1969, p. 56.

tiene como objetivo tratar de modificar a través de la creación aquellos hechos de la vida real que al autor le parecen reprobables. En este sentido, Quevedo intentaba influir en la opinión pública para provocar una respuesta, para obtener acaso y de forma ulterior un cambio de conducta. No en vano, en esta etapa Quevedo está más que nunca envuelto en la vorágine de las intrigas políticas: para Luis Astrana Marín, estos documentos son encargos de Palacio¹¹. Ese mismo año de 1635, el propio escritor se ve convertido en objeto de un libelo escrito en el momento en que se inicia su definitivo apartamiento de la línea política olivarista: *El tribunal de la justa venganza, erigido contra los escritos de Francisco de Quevedo, maestro de errores, doctor en desvergüenzas, licenciado en bufonías, bachiller en suciedades, catedrático de vicios y protodiablo entre los hombres*. También este libelo nos ofrece el mundo de Quevedo transformado, exagerado, al igual que el mundo paralelo y especular que él magistralmente describía: contestado por otros poetas con sus mismas armas, en este momento empieza a convertirse ya en un personaje incómodo para todos al que hay que quitar de en medio. Quevedo, cartógrafo imaginativo de una alternativa de ficción que es espejo cóncavo y deforme de un mundo en crisis, responde a la agresividad socio-política con agresividad inteligente y letra herida.

A través de estos textos, Quevedo se alinea con el bando hispánico mientras zahiere al peligroso Olivares con otros escritos, situándose así en una difícil posición; sin dejar de lado las críticas al Conde-Duque, ataca a Luis XIII y, en especial, al Cardenal Richelieu, personaje al que combate mediante tres sonetos y el libelo que nos ocupa. Como indica Jauralde, Quevedo

Por un lado, forma parte del grupo de propagandistas oficiales a los que se encarga algún tipo de respuesta, que en el caso de Quevedo es la *Carta al Serenísimo Luis XIII*. No hay desmentido o traición ideológica en esta postura, por el hecho de que Quevedo militara en la relativa «oposición» al Conde-Duque, ya que se trata de los intereses superiores de la Monarquía hispánica¹².

Jauralde, aunque no duda en calificar la *Carta a Luis XIII* como «uno de los textos más espesos y menos afortunados de Quevedo», considera la *Visita y anatomía* como un libelo «más literario, elaborado y sinuoso» que la «Parenética alegórica» en la que exhorta a Luis XIII a que frene las ambiciones del Cardenal con un soneto que comienza «Decimotercio rey, esa eminencia»¹³, que veremos más adelante.

UN PASEO POR LA CABEZA DEL CARDENAL RICHELIEU: RELATO DE UNA SÁ-TIRA MENIPEA

En *Visita y anatomía*, don Francisco elige la narración fantástica meni-pea y ficción antiutópica o distópica, siguiendo los pasos del anatomis-

¹¹ Astrana, 1940, p. 18.

¹² Jauralde, 1998, p. 692.

¹³ Jauralde, 1998, pp. 694 y 714.

ta flamenco Andrés Vesalio (1514-1564) que hace las veces de protagonista, para desnudar ante el mundo los infames pensamientos del todopoderoso Richelieu. Vesalio, a la vista del análisis que unos fisiólogos están realizando en Montpellier sobre la cabeza del cardenal, «se ofrece a entrarse en ella con nunca vistos pasos de anatomía y visítarla seno por seno, célula por célula y sentido por sentido»¹⁴; es decir, se dispone a transitar por los lugares internos de su cráneo y dar noticia a su vuelta, tras trazar una ruta y anotar todo lo que vea en su interior. En esta peculiar cartografía de la cabeza del cardenal que Vesalio se dispone a pergeñar, Quevedo localiza los órganos que caracterizan los difíciles y atrabiliarios comportamientos del ministro, tratando de dar una explicación satírica a sus acciones no sólo en materia bélica, sino también a las que tocan a su conducta personal. Antes de que Vesalio parta, los sabios comentan el aspecto externo de la formidable testa. La primera de sus conclusiones atañe a la cabeza y el cuello del cardenal, que padecen ictericia —el morbo regio—, un derramamiento del humor colérico por el rostro que en la época se creía que era causado por la destemplanza del hígado. Este exceso de cólera se manifestaba, por lo tanto, en el color amarillento de la cara, simbolizando así la avidez por el oro, pues «ya se ve que la cólera del cardenal es avarientísima, y que no sólo trata de juntar oro sino de dorarse y hacer todo su pellejo y persona bolsón de la color del oro»¹⁵. La gama de colores que se aprecia externamente en la cabeza van del negro al colorado y están vinculados a diferentes rasgos de las acciones políticas del cardenal:

lo *negro* de los lutos de los nobles que ha hecho morir sin razón y sin número, lo *amarillo* de la desesperación de tantos grandes señores franceses que tiene desterrados y desposeídos, lo *pálido* del temor de los buenos católicos de Francia y de toda Europa, lo *bermejo* y *encendido* de las llamas de Calvino y Lutero, lo *blanco* de los tocados del turco, lo *colorado* del capelo.

Una vez localizada la cabeza flotante de Richelieu en Italia, donde efectivamente en ese momento se encontraba el cardenal, preocupado por anexionar más territorios para Francia, Vesalio se traslada hasta allí, vestido de impostura política, e inicia su visita por el interior de la testa. Su disfraz es el de «un nuevo designio y embeleco de coronarle y enriquecerle, dando color de capelo al turbante, el del turbante a los lutos, y el negro a las llamas»¹⁶. A la vuelta de su «visita», ya en Montpellier, Vesalio se dispone a ofrecer a la comunidad científica esa peculiar cartografía que ha trazado. Comenta cómo ha decidido entrar por los oídos en vez de por la boca, pues aunque este orificio sea más grande que aquéllos, «como siempre está vomitando órdenes de asesinamientos de provincias y familias, temo no me coja la corriente de alguna de ellas y me escupa hecho tajadas»¹⁷. En su narración, Vesalio cuenta cómo desde la misma

¹⁴ Quevedo, *Visita y anatomía*, p. 323.

¹⁵ Quevedo, *Visita y anatomía*, p. 326.

¹⁶ Quevedo, *Visita y anatomía*, p. 329.

entrada auricular fue absorbido por remolinos y huracanes de viento y dio vueltas por los cartílagos del oído, dándose «encontrones con otro innumerable concurso de marañas y quimeras que entraban, y adentro no cabíamos, y unos embustes a otros nos decíamos “Hágase allá”».

Ya en el interior de la cabeza, el primer lugar al que se dirige Vesalio es la parte superior, donde repara en el techado, en concreto en «el cóncavo de la cholla». Allí encuentra los *sitios* físicos que ocupan las tres potencias del alma: la memoria, el entendimiento y la voluntad, coronadas por una ley, en realidad traducción de otra igual que figura en *L'isle des hermaphrodites*, de Thomas Artus, señor de Embry (1605), sátira contrarreformista dirigida a los abusos del gobierno de Enrique III de Francia y primera antiutopía de la lengua francesa. Dice la ley que

Aquellos de los dichos nuestros ministros que quisieren emprender cualquier cosa contra la autoridad de su señor soberano, descargándole por caridad de sus estados y aliviándole de su carga, en usurpándolo todo halagarán los pueblos con toda humildad por adquirir la autoridad de mandar y por establecerse; mas luego que se hayan bien apoderado de todo, nosotros les permitiremos ser imperiosos e insoportables;

es decir, el mundo al revés: a mayor atrevimiento, ambición y vileza, mayores garantías de alcanzar el poder con las bendiciones del monarca. Ésa es la ley que reza en la bóveda del cráneo cardenalicio.

La deliberada vinculación que hace Quevedo de esta obra francesa con la suya no es, por lo tanto, baladí ni ajena a intencionalidad, ya que de esta forma se reconoce inserto en un movimiento y recurre a referentes que sólo la sociedad francesa y los círculos políticos hispánicos más avisados y al corriente de lo que ocurría en París eran capaces de decodificar. ¿Es a estos estratos sociales a los que va dirigido su libelo? Sin duda. Al igual que la cabeza del cardenal, la isla de los hermafroditas también es flotante y errabunda, deambula por todo el mundo, vagabunda sobre el grande océano, sin ninguna estabilidad, dice Artus en el libelo francés. A manera de extraño navío de tierra, tanto la cabeza de Richelieu como la isla de la antiutopía francesa recorren el orbe y su interior está lleno de inestabilidad, de movimiento, de desequilibrio y de una caída continuamente anunciada¹⁸.

Ambas «naves», la isla de los hermafroditas y la cabeza cardenalicia, tras una apariencia de hipócrita elegancia y cortesía, esconden un furibundo sentimiento antirreligioso e impío. Richelieu se aviene, efectivamente, a comerciar políticamente con los infieles. Desde la parte superior de la «cholla» y en un leve movimiento descendente, Vesalio descubre que los sesos del cardenal son en realidad un turbante con medias lunas bordadas en su superficie, lo que delata su amistad con el Imperio Otomano con el que Richelieu trataba de mantener buenas relaciones.

¹⁷ Quevedo, *Visita y anatomía*, p. 330.

¹⁸ Artus, 1724.

Otro de los apuntes cartográficos que Vesalio se lleva a Montpellier es la disposición del interior de la cabeza –suponemos que trazados desde el centro–, que se asemeja a un infierno por la «confusión y ninguna orden» de todo tipo de «furias, penas, condenados, tormentos, demonios y obstinación» que lo habitaban. Difícil resulta para el anatomista navegar con la aguja de marear de Quevedo por la atestada cabeza del ministro.

Cartografía de la memoria

Se dirige entonces a la memoria, gobernada por el olvido y habitada por monarcas que se habían fingido católicos para hacerse con el poder, «cristianos de alquimia» los llama Quevedo. Si Richelieu retiene en su memoria ese modelo de reyes, el de los falsos católicos, don Francisco trata de nuevo de desmascarar su apartamiento de la fe cristiana, conectándolo así con el hecho de ostentar un rango eclesiástico por cuestiones de poder, muy al margen de la religión. De paso, pone en entredicho la fe de Luis XIII, el monarca cuya imagen ocupa un lugar más reciente en la memoria del cardenal. De hecho, es en la memoria donde Vesalio opone el arribismo cortesano para alcanzar el poder a la ciencia de la astrología; es decir, establece una oposición entre el mundo del infierno, el habitado por estos falsos gobernantes, y el del cielo, al que mira la astrología. Quevedo tenía un gran interés por la astrología y era muy aficionado a los libros sobre esta materia: en su biblioteca disponía de las obras de Kepler, Galileo y Copérnico, tal y como recoge Alessandro Martinengo¹⁹.

Los referentes bibliográficos de la cabeza del cardenal son, en cambio, muy otros: los cinco libros de François Rabelais y *Les paraboles de Cicquot en forme d'avis* (1593), del que lee las páginas que le interesan al cardenal, como

obligadlos ante todas cosas que os presten el juramento [...] y que se den [...] cuerpos y almas, tripas y bofes, arneses y caballos a todos los diablos del infierno por haceros príncipe universal de la monarquía francesa, a pesar de las influencias de los astros, de los eclipses, de las conversiones, de las constelaciones, de las interpresas supremas, mayores y menores²⁰.

Cartografía del entendimiento

A continuación, Vesalio se adentra por la región del entendimiento, que «se alimentaba mamando por unos orificios y venillas secretas un alimento viscoso y acre de su memoria. Presidía en él un mal demonio, cuyo nombre era *Yo me entiendo*». Empleado en alambicados razonamientos y aforismos latinos tendentes al absurdo, Montaigne, que asiste también al relato de Vesalio, no puede evitar exclamar: «–Es cierto que

¹⁹ Martinengo, 1992.

²⁰ Quevedo, *Visita y anatomía*, pp. 338-339.

el cardenal ha estudiado en los *cartapacios*²¹ de Lucifer, pues toda su doctrina es deponer a su señor».

Cartografía de la voluntad

Ya en la voluntad, Vesalio define esta potencia como «afistolada y tan roja que parecía haber teñido en ella el capelo» y en una cavidad apartada hacia la frente, sobre los ojos, una balsa de humor áqueo que eran «lágrimas postizas que tenía para llorar todas las veces que le importase fertilizar los embustes de regadío». Efectivamente, un testimonio contemporáneo de María de Médicis indica que el cardenal lloraba cuando quería, a voluntad.

La narración se interrumpe *in medias res* y Vesalio concluye su relato menipeo sin contar cómo ni por qué orificio salió de la cabeza, lo que hubiera sido lo lógico en una secuencia narrativa lineal de planteamiento, nudo y desenlace. Ante la cartografía expuesta a su regreso por el anatomista, Montaigne determina la necesidad de no comunicar semejantes descubrimientos al rey Luis XIII «porque como vía, oía y entendía y hablaba por aquella cabeza, antes tendría la acusación por injuria propia que por culpa ajena».

Queda claro, pues, que Quevedo conocía —y muy bien— la personalidad del plenipotenciario Richelieu, a quien describe con gran exactitud, coincidiendo con los numerosos testimonios de la época, como aquel de Mathieu de Morgues, que lo describe en estos términos:

Es infeliz en su felicidad, y ni la buena suerte ni la mala le proporcionan tranquilidad de ánimo [...] Nunca está tranquilo, porque siempre se halla a medio camino entre el temor y la esperanza [...] Pierde su temple con la gente, con los acontecimientos, con la fortuna, consigo mismo²².

Quevedo desarrolla en una parte de su obra, sirviéndonos del título de uno de sus sonetos contra Richelieu, la figurada contraposición de dos valimientos que, a medida que va conociendo sus respectivas políticas, tienden a asimilarse. Sin ir más lejos, y como ya han puesto de manifiesto algunos estudiosos como Elliot, Quevedo es detenido supuestamente por ser amigo de franceses²³. Lo que parece claro es que militó en las peligrosas filas de la oposición, junto al Duque de Medinaceli: no queda nada claro, siendo tan patriota como lo era Quevedo, que se pasara al enemigo; ni mucho menos. Más bien pudiera pensarse en cómo se vio afectado por un movimiento —eso sí, de carácter clandestino— que buscaba garantizar la paz con Francia al margen de Olivares, algo que, lógicamente, una vez descubierto, fuera considerado crimen de Estado y la excusa perfecta para quitarse de en medio a tan enconado

²¹ «Cartapacio» según el *Diccionario de Autoridades* es el: «Libro o cuaderno de papel blanco en que se anota lo que se observa, leyendo o discutiendo; y también se llama así el que sirve para escribir las materias que en las Universidades dictan los maestros».

²² Elliot, 2002, p. 27.

²³ Elliott, 1972.

opositor. En cualquier caso, Quevedo ya había dado muestras de su animadversión por Richelieu en los tres sonetos mencionados²⁴. En el más significativo y revelador tacha al Cardenal-Duque de «festiva púrpura» y «sediciosa»:

Sabe, ¡oh rey tres cristiano!, la festiva
púrpura, sediciosa por tus alas,
deshojarte las lises con las balas,
pues cuanto te aventura, tanto priva.

Sabe, ¡oh humana deidad!, también tu oliva²⁵
armar con su Minerva a Marte y Palas,
y, laurel, coronar prudentes galas,
y, prósida, ilustrar paz vengativa.

Sabe poner tu púrpura en tus manos,
decimotercio rey, con prisión grave,
tu esclarecida madre y tus hermanos.

Tu oliva, ¡oh gran monarca!, poner sabe
en tu pecho los tuyos soberanos,
con la unidad que en los imperios cabe²⁶.

En este soneto dirigido a Luis XIII, Quevedo expone a nuestro juicio dos formas de ejercer el valimiento (de hecho, se titula «Figurada contraposición de dos valimientos»): una encomiable desde el punto de vista ético y ejercida con provecho, representada por la «oliva», símbolo de la paz, y otra negativa para el monarca y dañina en esencia, ejemplificada con la figura de la «púrpura», el color cardenalicio que simboliza a Richelieu. Se trata de las dos formas de actuación política opuestas, glosadas alternativamente en estrofas negativas y positivas. También Quevedo se sirvió de esta simbología del laurel y la oliva para cantar las excelencias de la ciudad de Salamanca y de la fiesta del Espíritu Santo en un certamen poético celebrado en loor de aquella ciudad a través de una canción que fue premiada: «ciudad a quien abraza la cabeza / de esta Minerva con laurel y oliva / en lazos cuantos doctos, tanto honrosos, / por quien tu nombre tanto se derrama»²⁷. La denuncia que en este primer soneto aparecía veladamente, fue más explícita en el siguiente que le dedicó y que lleva por título «Parenética alegoría»:

Decimotercio rey, esa eminencia
que tu alteza a sus pies tiene postrada
querrá ver la ascendencia coronada,
pues osó coronar la descendencia.

Casamiento llamó la inteligencia,
y en él sólo se ha visto colorada

²⁴ Vega Madroño, 1999, pp. 355-374.

²⁵ Postulamos, como hemos dicho antes, que Quevedo puede referirse al otro hombre fuerte de Luis XIII, Henri II de Montmorency, al que Richelieu ejecutó en Toulouse en 1632, tras la revuelta que encabezó contra él en los Estados de Languedoc, y a quien Quevedo menciona laudatoriamente en *La Hora de todos*.

²⁶ Quevedo, *La musa Clío del Parnaso español*, p. 125.

²⁷ Quevedo, *Poesía original completa*, p. 210.

la desvergüenza. Díselo a tu espada,
y dale al cuarto mandamiento audiencia.
Si te derriba quien a ti se arrima,
su fábrica en tus ruinas adelanta,
y en cuanto te aconseja, te lastima.
¡Oh muy cristiano rey!, en gloria tanta,
ya el azote de Dios tienes encima:
mira que el Cardenal se te levanta²⁸.

Quevedo exhorta de nuevo a Luis XIII a través de la parénesis a que se cuide de Richelieu, pero esta vez lo hace de forma más explícita calificándolo de arribista —«querrá ver la ascendencia coronada»—, desvergonzado, azote de Dios, dañino para el rey por sus equivocados consejos y levantisco —«mira que el Cardenal se te levanta»—. Vuelve a hacer alusión al combate permanente mantenido contra su madre María de Médicis y sus hermanos Gastón de Orleans y el duque de Vendôme: «y dale al cuarto mandamiento audiencia», es decir, lo impele a escuchar en audiencia el «Honrarás a tu padre y a tu madre».

Detengámonos ahora en el tercer soneto dedicado a Richelieu, escrito en italiano por don Francisco y que lleva por encabezamiento: «Al Cardenal de Rucheli, movedor de las armas francesas, con alusión al nombre “ruceli”, que es “arroyo” en significación italiana, por estar escrito en esa lengua»:

Dove, Ruceli, andate col pie presto?
Dove sangre, non púrpura conviene;
per tributari el fiume, il mar vi tiene;
y Ruceli nel mar han fin funesto.
Et hor Ruceli, onde procede questo,
che senza il Rosignuolo il Gallo vene,
et rauco grida, et vol bater le pene
nel nido, che gli a stato mai infesto?
Credo che il Ciel ad ambi dui abassi,
che vi attende la mente di Scipione,
e gli occhi msi nelle vigilie lassi,
un'Ocha, se riguardi ai tempi buoni,
scacciò y galli de y tarpei Sassi,
hor che faranno l'Aquile e y Leoni.

Como se aprecia, Quevedo continúa con sus sonetos de sátira política sobre la Guerra de los Treinta Años que enfrentó a las dos potencias, anunciando al todopoderoso cardenal que encontrará un desastrado fin en el Mediterráneo. Proponemos la siguiente traducción de un soneto tan mencionado pero pocas veces estudiado y menos trasladado al español²⁹:

¿Dónde vas, Ruceli, con el pie presto?
Donde hay sangre, la púrpura no conviene;

²⁸ Quevedo, *La musa Clío del Parnaso español*, p. 133.

²⁹ Agradecemos a Sergio Príncipe Hermoso su generosa colaboración al traducir este soneto del italiano.

para tributar al río el mar os tiene;
y los Ruceli en el mar encuentran fin funesto.

Y ahora, Ruceli, ¿a qué se debe esto,
que sin el Ruiseñor el Gallo³⁰ llegue
y ronco grite, y quiera remover las penas
en el nido que nunca ha sido infestado?³¹

Creo que el Cielo se cierne sobre ambos³²,
que os asiste la mente de Escipión,
y los ojos nunca cansados en las vigalias.

Una Oca³³, si echáis la vista a los buenos tiempos,
alejó a los gallos de las colinas Tarpeyas³⁴;
qué harán ahora las Águilas³⁵ y los Leones.

Como se aprecia, Quevedo muestra la avidez de los galos, con Richelieu a la cabeza, por hacerse con Italia, y advierte al Cardenal de que en la Roca Tarpeya se encuentran para defenderla las ocas capitolinas, como ocurrió en el siglo IV a. C. Ante la más que posible derrota por el batir de alas y los graznidos de unos ánsares infligida de nuevo sobre las tropas francesas, Quevedo se pregunta qué pueden hacer contra esa amenaza las águilas y los leones, símbolos del poder imperial —en ese caso francés— de Richelieu, poseído del espíritu de Escipión y que no recaba en la tormenta que en los cielos se le avecina.

Recordemos que Quevedo, interesado en las habilidades marineras de navegar en los procelosos mares de quien él se consideraba enemigo, escribió *La aguja de navegar cultos*, una breve sátira que se incluyó en *Juguetes de la niñez* (1631): con la pluma visitaba la psique de sus objetivos y, después, con esta misma aguja de marear se atrevió a brujulear por los arriscados territorios («doblemente privados») del Cardenal-Duque Richelieu. El poeta madrileño ejerció una vigilancia satírica, no

³⁰ «Gallo» en el sentido de «galo» (del latín *gallus*), de «francés», que en ausencia del ruiseñor —probablemente Luis XIII, ya que esta ave era considerada por la belleza de su canto el príncipe del coro de los pájaros cantores— se atreve a cacarear y a revolverse en el nido.

³¹ Richelieu fue nombrado cardenal por el Papa en 1622 y para Quevedo ahora pretende marchar con sus tropas sobre Italia, sobre Roma, sobre su nido en definitiva, que siempre le había sido favorable. Richelieu, nada más ser nombrado ministro, llegó a expulsar a las tropas papales en la Valtelina (Lombardía) para ayudar a los protestantes suizos y combatir la influencia de los españoles.

³² Para el poeta, la mente del general romano Escipión se ha apoderado de ambos, el Ruiseñor (Luis XIII) y el Gallo (Richelieu). Quevedo era un gran admirador suyo, como lo demuestra el soneto «Faltar pudo a Scipión Roma opulenta».

³³ La oca era símbolo de la salvación de Roma, ya que con sus graznidos y el estruendo de su batir de alas salvó el Capitolio de la invasión de los galos en la batalla de Alia (390 a. C.), según Tito Livio. En este sentido, Quevedo le indica a Richelieu que las ocas romanas impedirán su ofensiva, la de los «gallos».

³⁴ La roca Tarpeya, consagrada a la vestal de este nombre —hija del gobernador Espurio Tarpeyo— tras su ejecución por su traición al abrir las puertas de la ciudadela a los sabinos, fue el nombre primitivo de la ladera sur del monte Capitolino; desde sus escarpadas rocas se arrojaba durante la República a los criminales.

³⁵ El águila era el símbolo del Imperio romano y las legiones la llevaban como estandarte a la cabecera cuando entraban en batalla. El león también es símbolo del poder.

exenta de una malevolencia contestataria, fruto de la decepción, en un mundo en el que los sueños reemplazaban a la certeza y constituían el balcón desde el que poder disparar protegido. Qué duda cabe de que con él se completa el significado de un triángulo de poder, obstinación y sátira, un triángulo isósceles cuyos lados iguales –Olivares y Richelieu– convergen en el vértice de la ambición y fugan sobre la base del conocimiento y la plena conciencia de ser gobernado por unos políticos infames, lado del triángulo que perteneció siempre a Quevedo.

Desde allí, desde la atalaya de la sátira, ejerció vigilante y a manera de necesaria purga propia y ajena Francisco de Quevedo. Aunque le costara la vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Astrana, L., *Ideario de don Francisco de Quevedo y Villegas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1940.
- Artús, T., *Description de l'isle des hermaphrodites. Nouvellement decouverte, concernant les moeurs, les coutumes & les ordonnances des habitans de cette isle*, Colonia, Herederos de Herman Denme, 1724 (sigue la edición de 1605).
- Elliot, J. H., «Nueva luz sobre la prisión de Quevedo y Adam de la Parra», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 169, 1, 1972, pp. 171-182.
- Elliot, J. H., *Richelieu y Olivares*, Barcelona, Crítica, 2002.
- Hernández Araico, S., «Teatralización de estatismo: poder y pasión en *Cómo ha de ser el privado* de Quevedo», *Hispania*, 82, 3, 1999, pp. 461-471.
- Hernández Araico, S., «Pintura y estatismo teatral en la comedia *Cómo ha de ser el privado*», *Ínsula*, 648, 2000, pp. 30-32.
- Hodgart, M., *La sátira*, Madrid, Guadarrama, 1969.
- Iglesias, R., «El imposible equilibrio entre el encomio cortesano y la reprimenda política: hacia una nueva interpretación de *Cómo ha de ser el privado* de Quevedo», *La Perinola*, 9, 2005a, pp. 267-298.
- Iglesias, R., «Las fuentes literarias de *Cómo ha de ser el privado* de Francisco de Quevedo», *Bulletin of the comediantes*, 57, 2, 2005b, pp. 365-406.
- Jauralde, P., *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Madrid, Castalia, 1998.
- Marañón, G., *El Conde-Duque de Olivares*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969.
- Martinengo, A., *La astrología en la obra de Quevedo: una clave de lectura*, Pamplona, Eunsa, 1992.
- Quevedo, F. de, *La Fortuna con seso y la Hora de todos*, ed. L. Schwartz, *Obras completas en prosa*, vol. 1, tomo 2, Madrid, Castalia, 2003, pp. 561-810.
- Quevedo, F. de, *Musa Clío del Parnaso español*, ed. I. Arellano y V. Roncero, Pamplona, Eunsa, 2001.
- Quevedo, F. de, *Poesía original completa*, ed. A. Blecua, Planeta, Barcelona, 1996.
- Quevedo, F. de, *Visita y anatomía de la cabeza del Cardenal Armando de Richelieu*, ed. J. Riandière La Roche, *Obras completas en prosa*, Madrid, Castalia, 2005, vol. 3, pp. 307-347.
- Riandière La Roche, J., «La folie médicale et son utilisation dans la satire politique: étude d'un pamphlet de Quevedo», en *Visages de la Folie (1500-1650)*, (*Domaine hispano-italien*), ed. A. Redondo y A. Rochon, Paris, Publications de la Sorbote, 1981, pp. 155-168.
- Riandière La Roche, J., «Quevedo y la Satyre Ménippée francesa de 1593: de la “Ligue” al partido “Dévot”, algunos elementos de una continuidad», en *Ho-*

- menaje a José Antonio Maravall*, ed. M. del C. Iglesias, C. Moya y L. Rodríguez Zúñiga, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1985, vol. 3, pp. 258-269.
- Riandière La Roche, J., «Editar a Quevedo: textos y contextos», en *La edición de textos: actas del I Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, ed. P. Jauralde, D. Noguera y A. Rey, London, Tamesis, 1990, pp. 393-404.
- Riandière La Roche, J., «Aspectos de la personalidad de Quevedo: de los orígenes cantábricos a la lucha contra los franceses», en *Quevedo a nueva luz: escritura y política*, ed. L. Schwartz y A. Carreira, Málaga, Universidad de Málaga, 1997, pp. 15-44.
- Riandière La Roche, J., «Entender y anotar los textos políticos de Quevedo: las exigencias de la Historia», *La Perinola*, 4, 2000, pp. 354-366.
- Vega Madroñero, M. de la F., «La musa Clío: temas y tradición poética», *La Perinola*, 3, 1999, pp. 355-374.